

1-18-CUERPO Y ALMA

Que existen diferencias entre las realidades físicas y mentales es una experiencia familiar a todos. Un dolor de muelas es diferente a la angustia mental. Reflexionar no es lo mismo que digerir alimentos. Y sin embargo, todas estas operaciones pertenecen a la misma persona. Correctamente decimos: “Yo” tengo dolor de cabeza, o “Yo” disfruto escuchando música. El ser humano es, como afirma el Concilio, una “unidad” de cuerpo y alma. (CIC 364).

Que el hombre es un ente físico y mental en quien los mundos materiales y espirituales se combinan es una realidad comprensible a todos a través de la razón. Sin embargo, concepciones falsas sobre la realidad humana que tienen graves consecuencias, surgen una y otra vez. Por ejemplo, el materialismo niega la existencia del alma y ve en el hombre sólo una parte del universo material. Al contrario, las corrientes gnósticas y esotéricas, tan extendidas hoy en día enseñan que el hombre esencialmente es un espíritu divino que ha caído dentro de un mundo extraño a su naturaleza, material. La fe viene aquí en ayuda de la razón, confirmandole su correcta visión de que el hombre es un compuesto de espíritu y materia. El relato bíblico de la creación lo expresa de una manera pictórica: Dios formó al hombre del polvo de la tierra y expiró su aliento de vida en sus orificios nasales, y el hombre se convirtió en “un ser viviente”. Cuerpo y aliento de vida son ambos obras de Dios pero es el “alma” la que convierte al hombre en persona: a través de ella es semejante a Dios, existe a su imagen” (cf Gen 1:27).

Esta es la razón por la que el alma es también más valiosa que el cuerpo (CIC 363). Lo supieron los mártires de todos los siglos: es más importante permanecer fiel a Dios que conservar la vida corporal al coste de la traición. Así, ya en el Antiguo Testamento, el anciano Eleazar resistió el intento de forzarle a desobedecer los mandamientos de Dios diciendo: “Soporto terribles sufrimientos en mi cuerpo por estos golpes, pero mi alma rebosa de gozo por ellos por tengo Temor de Dios”(2 Mac 6:30). Cristo mismo nos enseña: “No temáis a quienes matan el cuerpo pero no pueden matar el alma; temed más bien a quien puede destruir ambos, alma y cuerpo, en el infierno” (Mt. 10,28).

Esto no tiene nada que ver con la “hostilidad hacia el cuerpo” (CIC 364). Dios no pudo dar mayor valor al cuerpo que mediante la Encarnación de Hijo. Cristo nació hombre, creció hombre y su cuerpo glorificado “está sentado a la derecha del Padre”, y estamos unidos a su cuerpo a través de los sacramentos (cf. CIC 1116), en especial a través de la Eucaristía. Formamos un Cuerpo con Él y se nos permite ser miembros de Cuerpo (CIC 789). “¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo....?” (1 Cor 6:19).

Ambos, cuerpo y alma, fueron creados por Dios. “El cuerpo no está hecho para la inmoralidad sino para Dios” (1 Cor 6:13), estamos obligados a respetar el cuerpo, el nuestro y el de nuestro prójimo y especialmente el de aquellos que están afligidos. “Así pues, glorificad a Dios en vuestros cuerpos”. (1 Cor 6:20)